

GONZÁLEZ, FRAY DIEGO TADEO (1732-1794)

POEMAS VARIOS

EL MURCIÉLAGO ALEVOSO

Invectiva

Estaba Mirta bella
cierta noche formando en su aposento
con gracioso talento
una tierna canción, y porque en ella
satisfacer a Delio meditaba,
que de su fe dudaba;
con vehemente expresión le encarecía
el fuego que en su casto pecho ardía.

Y estando divertida,
un murciélago fiero, ¡suerte insana!

entró por la ventana,
Mirta dejó la pluma sorprendida,
temió, gimió, dio voces, vino gente;
y al querer diligente
ocultar la canción, los versos bellos
de borrones llenó, por recogerlos

y Delio noticioso
del caso, que en su daño había pasado,
justamente enojado
con el fiero murciélago alevoso,
que había la canción interrumpido,
y a su Mirta afligido;
en cólera, y en furor se consumía,
y así a la ave funesta maldecía.

¡Oh! monstruo de ave, y bruto,
que cifras lo peor de bruto, y ave,
visión nocturna grave,

nuevo horror de las sombras, nuevo luto,
de la luz enemigo declarado,
nuncio desventurado
de la tiniebla, y de la noche fría,
¿qué tienes tú que hacer donde está el día?

Tus obras y figura
maldigan de común las otras aves,
que cánticos suaves,
tributan cada día a la alba pura,
y porque mi ventura interrumpiste,
y a su autor afligiste,
todo el mal, y desastre te suceda,
que a un murciélago vil suceder pueda.

La lluvia repetida
que viene de lo alto arrebatada,
tan sola reservada
a las noches, se oponga a tu salida;
o el relámpago pronto reluciente
te ciegue, y amedrente;
o soplando del norte recio el viento,
no permita un mosquito a tu alimento.

La dueña melindrosa,
tras el tapiz do tienes tu manida,
te juzgue inadvertida
por telaraña sucias y asquerosa,
y con la escoba al suelo te derribe;
y al ver que bulle y vive
tan fiera, y tan ridícula figura,
suelte la escoba. y huya con presura.

Y luego sobrevenga
el juguetón gatillo bullicioso,
y primero medroso
al verte, se retire, y se contenga,
y bufe, y se espeluce horrorizado,
y alce el rabo esponjado,
y el espinazo en arco suba al cielo,
y con los pies apenas toque el suelo.
Mas luego recobrado,

y del primer horror convalecido,
el pecho al suelo unido,
traiga el rabo del uno al otro lado,

y cosido en la tierra, observe atento;
y cada movimiento,
que en ti llegue a notar su perspicacia,
le provoque al asalto, y le dé audacia.

En fin sobre ti venga,
te acometa, y ultraje sin recelo,
te arrastre por el suelo,
y a costa de tu daño se entretenga;
y por caso las uñas afiladas
en tus alas clavadas,
por echarte de sí con sobresalto,
te arroje muchas veces a lo alto.

Y acuda a tus chillidos
el muchacho, y convoque a sus iguales,
que con los animales,
suelen ser comúnmente desabridos;
que a todos nos dotó naturaleza
de entrañas de fiereza,
hasta que la edad, o la cultura
nos dan humanidad, y más cordura.

Entre con algazara
la pueril tropa al daño prevenida,
y lazada oprimida
te echen al cuello con fiereza rara;
y al oírte chillar alcen el grito,
¡y te llamen maldito!
Y creyéndote al fin del diablo imagen,
te abominen, te escupan, y te ultrajen.

Luego por las telillas
de tus alas te claven al postigo,
y se burlen contigo,
y al hocico te apliquen candelillas,
y se rían con duros corazones
de tus gestos, y acciones,
y a tus tristes querellas ponderadas,
correspondan con fiesta, y carcajadas.

Y todos bien armados
de piedras, de navajas, de agujones,
de clavos, de punzones,
de palos por los cabos afilados,
de diversión y fiesta ya rendidos

te embistan atrevidos,
y te quiten la vida con presteza,
consumando en el modo su fiereza.

Te puncen, y te sajen,
te tundan, te golpeen, te martillen,
te piquen, te acribillen,
te dividan, te corten, y te rajen,
te desmiembren, te partan, te degüellen,
te hiendan, te desuellen,
te estrujen, te aporreen, te magullen,
te deshagan, confundan, y aturullen.

Y las supersticiones
de las viejas, creyendo realidades,
por ver curiosidades,
en tu sangre humedezcan algodones,
para encenderlos en la noche oscura,
creyendo sin cordura,
que verán en el aire culebrinas,
y otras tristes visiones peregrinas.

Muerto ya, te dispongan
el entierro, te lleven arrastrando,
gori, gori, cantando,
y en dos filas delante se compongan;
y otros fingiendo voces lastimeras
sigan de plañideras,
y dirijan entierro tan gracioso,
al muladar más sucio, y asqueroso.

Y en aquella basura,
un hoyo hondo, y capaz te faciliten,
y en él te depositen,
y allí te den debida sepultura,
y para hacer eterna tu memoria,
compendiada tu historia,
pongan en una losa duradera,
cuya letra dirá de esta manera.

Epitafio

Aquí yace el murciélago alevoso,
que al sol horrorizó, y ahuyentó el día,
de pueril saña triunfo lastimoso,

con cruel muerte pagó su alevosía,
no sigas caminante presuroso,
hasta decir sobre esta losa fría:
«Acontezca tal fin, y tal estrella
a aquel, que mal hiciera a Mirta bella»

SUEÑOS

A Melisa

Soñaba yo, Melisa,
ya que quieres saber lo que soñaba
soñaba yo que en un ameno prado
andabas tú con prisa
tejiendo de las flores que brotaba
una guirnalda; y luego con agrado
¡oh favor no esperado!
con ella frente, y sienes me ceñías,
y con rostro halagüeño me decías:
«A ti solo entre todos los pastores,
se deben los honores,
yo, Delio, por ti muero,
y en el amor a todos te prefiero.»

Con el extraño gozo
el corazón del centro se salía,
y al fin me despertó con su latido
bañado en alborozo.
Mas luego me acordé que en cierto día
este favor a Antimio has concedido,
y a mí le has preferido;
pues le diste de Apolo los honores,
por más que murmuraron los pastores,
y apenas hube aquesto recordado,
me volví de otro lado,
y con cólera, y ceño,
maldije la vigilia, alabé el sueño.

Volví a quedar dormido,
y sentado me hallé junto a una fuente,
mirando su murmullo muy atento,
y estando divertido,
allí llegaste apresuradamente
pidiendo de beber, y yo al momento

un vaso te presento,
y dices tú con risa, y burla mía,
«No es ésa, Delio, el agua que pedía,
la sed que yo padezco es amorosa,
y siempre codiciosa
de tus eternos lazos,
sólo pueden templarla tus abrazos.»

Yo viendo mi ventura,
fui a lograrla los brazos extendidos,
y cayó de mi mano el frágil vaso
sobre una peña dura,
y el golpe me reduce a los sentidos,
y vuelto bien en mí por este acaso,
en mi memoria paso
las veces que esta dicha repetías
a tu Antimio, y a mí te resistías
de nueva faz de religión armada,
y viéndote entregada
en brazos de otro dueño,
maldije la vigilia, alabé el sueño.

Volví la vez tercera
a dormir, y soñé que con gran prisa
tocabas con la aldaba a mi postigo,
diciendo desde afuera:
«Abre, no temas nada soy Melisa,
que me vengo a vivir siempre contigo
en lazo eterno amigo,
tendremos ya los dos común el techo.
El ajuar, el vivir, la mesa, el lecho.
En uno juntaremos los ganados,
que con bienes doblados,
y con paz juntamente,
pasaremos la vida dulcemente.

Yo de mi dicha cierto,
dejo el lecho, dormido apresurado;
y destinando, ruedo la escalera,
y en el zaguán despierto,
bañado el rostro en sangre, y maltratado,
y vi que esta ventura, ¡oh suerte fiera!
imposible me era,
pues el lazo que a mi me prometías,
tratado con Antimio lo tenías,
y aunque quedé del sueño mal herido,

mas que de él, ofendido
de la verdad, con ceño
maldije la vigilia, alabé el sueño.

Estas dichas soñaba
en una misma noche interrumpida,
tres veces, y aunque el bien fingido era,
ansioso deseaba
que ya que sólo el sueño fue mi vida,
mi vida un continuado sueño fuera.
¡Oh sí siempre durmiera!
Sólo el sueño me hiciera venturoso,
mas pues vivir velando me es forzoso,
sufrir será preciso tus rigores,
y al ver que en tus amores
vanamente me empeño;
maldigo la vigilia, alabo el sueño.

A MELISA

Yo vi una fuentecilla
de manantial tan lento y tan escaso,
que toda el agua pura que encerraba
pudiera reducirla
al recinto brevísimo de un vaso.
Del pequeño arroyuelo que formaba
por ver en que paraba
el curso perezoso, fui siguiendo,
vi que sin cesar iba creciendo
con el socorro de agua pasajera,
en tal forma y manera,
que cuando lo he intentado
ya no pude pasar del otro lado.

Yo vi una centellita
que por caso a mi puerta había caído;
y de su pequeñez no haciendo cuento
me fui a dormir sin cuita,
y estando ya en el sueño sumergido
a deshoras ¡ay cielos! sopla el viento,
y excita en un momento
tal incendio que el humo me despierta;
la llama se apodera de mi puerta,
y mis ajuares quema sin tardanza;

y yo sin esperanza
confuso y chamuscado,
sólo pude salir por el tejado.

Yo vi un vapor ligero
que al impulso del sol se levantaba
de la tierra, do apenas sombra hacía.
No hice caso primero,
mas vi que por momentos se aumentaba,
y luego cubrió el cielo, robó el día,
y al suelo descendía
en gruesos hilos de agua que inundaron
mis campos, y las mieses me robaron,
y a mi que en su socorro fui a la era
me llevó la ribera
do hubiera perecido
sino me hubiera de una zarza asido.

En fin yo vi en mi pecho
nacer tu amor Melisa, y fácil fuera
en el principio haberlo contenido,
mas poco satisfecho
con ver su origen, quise ver cual era
su fin; y de mi daño no advertido
hallo un río crecido,
que a toda libertad me corta el paso,
hallo un voraz incendio en que me abraso,
hallo una tempestad que me arrebató,
y de anegarme trata.
¡Ay! ¡con cuanta inclemencia
Cupido castigó mi negligencia!

EN LOS DÍAS DE LISI

No sale tan gallarda
por las doradas puertas
del oriente la aurora
en las mañanas frescas,

como hoy en las orillas
del Tajo te presentas,
oh bella Lisi mía,
a celebrar tu fiesta.

Al paso que los giros
de la celeste rueda
tus bellos años forman,
tus claros días cuentan,

con pasos florecientes
tu verde primavera
va caminando al grado
de juventud perfecta.

El tiempo que grosero
castiga otras bellezas
con canas que envilecen,
o con rugas que afean,

va pintando en tu rostro
con mano sabia, y diestra
mil gracias peregrinas,
mil perfecciones nuevas.

Brilla en tu frente hermosa
la luz muy más serena,
ni más resplandeciente
su rostro al cielo muestra

la luna plateada
que el tuyo tú a la tierra
do imprimen hoy tus plantas
la delicada huella.

Los ojos.... musa mía,
¿cómo mi voz pudiera
pintar los rutilantes
ojos, que en pos me llevan?

¿Quién me dará que junte
del sol la luz inmensa,
la sombra de la noche
y el fuego de la esfera

para pintar sus brillos,
su gracia, y su viveza?
Juegan sobre tu boca
las risas halagüeñas,

y en el ebúrneo pecho

tesoro de belleza
derrama su blancura
la cándida azucena.

¡Ay tristes! ¡ay dichosos!,
los ojos que te vean,
dichosos si te agradan,
tristes si los desprecias.

Aun en la ausencia dura
mi alma los contempla,
y su luz la embriaga
sus llamas la penetran.

Mil veces bien hadado
el joven que merezca
el gozar para siempre
de tu amable presencia.

Logrado habrá en ti
¡oh venturosa estrella!
un cielo, un sol, un fénix,
y un diamante en fineza.

Nunca tan claro cielo
las nubes obscurezcan,
y sol tan refulgente
jamás ocaso tenga.

Tu vida a los diamantes
en duración exceda,
y la ficción de Arabia
en ti verdad se vea,

y tus amables padres
con tus hermanas sean
testigos oculares
de edad tan duradera.

Esto escribía Delio
a su pastora bella,
y en verso escribía,
de gozo pierde el juicio,
por eso dio en poeta.

EL DIGAMOS DE MIREO

Digamos, blanda musa,
digamos de Mireo,
digamos el fracaso
digamos el suceso.

De Mireo y Cupido
digamos, y cantemos,
del uno la venganza,
del otro el escarmiento.

De Mireo digamos
filósofo severo,
que amar juzgó delito
ajeno de hombre cuerdo,

de aquel que motejaba
con risa el embeleso
de Batilo en Filena,
y en Mirta el de su Delio.

Digamos como un día
pensativo y severo,
por la orilla del Betis
andaba descubriendo
de la naturaleza
los ocultos efectos.

Digamos que Trudina
por un casual encuentro
dio materia más noble
a su empezado intento.

Quiso advertir en ella
cual era aquel veneno,
que de los hombres turba
los no acordados pechos.

Y como el otro sabio,
observador protervo,
que intentó del Vesubio
comprender el misterio;

escaló la alta cumbre,

y averiguar queriendo
del incendio la causa
pereció en el incendio,

así las perfecciones
contemplando Mireo
de la sin par Trudina,
notó un extraño cerco

sobre la frente hermosa
de pelo corto, y crespo,
parose a ver la causa
del bello fenómeno.

¡Ay triste! que era el arco
de do el niño severo,
que en pos de la pastora
tiraba el crudo nervio,

le disparó una flecha
y atravesado el pecho,
sobre la verde grama
cayó el triste Mireo.

Y el Dios no bien vengado

tomó un solo cabello
de la madeja hermosa
de la pastora, y presto

le ató de pies y manos,
y con burla, y desprecio
se lo entregó a Trudina
como manso cordero.

Y dando carcajadas
volvióse el niño al cielo
a consolar la pena
del cuidado materno.

Y del vecino bosque
sin número salieron
pastores y pastoras
a celebrar el hecho.

Filas forman mil corros

de las manos asiendo,
y airosamente mueven
los bien tallados cuerpos.

Los pastores cantaban
muchos discretos versos;
no me acuerdo de todos,
diré los que me acuerdo.

«Nadie de amor se burle
ni rehuya su imperio,
quien presuma de estoico
téngasele por necio.

Nunca digáis pastores
cuando no estáis sedientos,
y aun viendo el agua turbia,
de aquí no beberemos.»

Esto digamos musa,
siempre digamos esto,
y nunca más digamos,
y no digamos menos.

Digamos.... pero cesa
musa, que si Mireo
tuviere más digamos,
mas digamos diremos.

A LA QUEMADURA DEL DEDO DE FILIS

El caso que ha pasado
contigo Filis bella,
por más que tú lo afirmes
no es fácil que lo crea.

¿Cómo podrá creerse
tan extraña quimera,
cual es el que a la nieve
el fuego abrasa, y quema?

Pues tanta repugnancia
el caso representa
de que a uno de tus dedos

la llama se le atreva,

por más que negra cinta
le ciñe, y le rodea,
y por la cruz del lazo
lo jura, y lo protesta;

nunca creeré tal cosa
mientras que no te vea
aprender de tus daños
a ser menos severa

con los que tus dos ojos
abrasan, y atormentan;
que semejantes casos
al mismo amor enseña
a templar sus rigores,
y suavizar sus flechas.

Escucha, Filis mía,
el caso que se cuenta
del hijo de la diosa
que en Pafo, y Gnido reina.

Dejando a un lado el arco,
la aljaba, y las saetas;
cogiendo andaba flores
Cupido en una selva.

Vido una fresca rosa
que la prisión estrecha
del capullo rompía
esparciendo bellezas.

Cortola y en su centro
vio una oficiosa abeja,
que dulce miel libaba,
la dorada cera.

Tomola por las alas
el niño incauto, y ella
el aguijón esgrime
con tanta violencia,
que en uno de sus dedos
clavado se lo deja.

Con el dolor insano
el tierno dios se queja,
turbando con sus lloros
los cielos, y la tierra.

Volando por los aires
con voces lastimeras
fue en busca de su madre,
y puesto en su presencia,
con tiernos puchericos
le cuenta su tragedia.

Mas la prudente diosa
entre tierna y risueña,
le dice: «aprende, hijo,
a usar de más clemencia
con los flacos mortales
que imperioso atormentas.

Pues si la leve punta
de una mosca pequeña
te causa tanto daño,
que el dolor te enajena,
¿qué sentirán los hombres
cuando de tus saetas

del duro arco enviadas
penetrados se vean?»

Desde entonces Cupido
en su daño escarmienta,
y hierde menos veces,
o con menos fiereza.

Así tú, o más piadosa
va desde hoy te nos muestra
con los que tus dos ojos
abrasan, y atormentan;

O el caso que ha pasado
contigo, Filis bella,
por más que tú lo afirmes,
no es fácil que lo crea.

A LISI MALAGUEÑA

Ni la rubia Calipso
mostró mayor ternera
cuando de la isla Ogigia
Ulises se le ausenta;
ni la famosa Dido

hizo mayor fineza
subiendo al alto techo
a ver partir su Eneas;
como ha debido a Lisi
divina malagueña

el malhadado Delio,
a quien la suerte fiera
dio la dicha de amarla
al tiempo de perderla.

Yacía en blando lecho...
¡Oh Delio! ¡Cuánto yerras,
pues dices que yacía
la vida que te alienta!

En blando lecho estaba
de mil cuidados llena,

que el sueño de la noche
de sus ojos alejan.

El ruido del caballo
lleva la triste nueva
a Lisi de que Delio
para siempre se ausenta,

y toda poseída
de singular fineza
el frío despreciando,
que otro fuego la quema

salta del casto lecho
sin buscar más decencia,
que la que al acostarse
previene una doncella.

El cabello sin orden

claramente demuestra
cuanto aventaja al arte
la fiel naturaleza.

El cambray delicado
avaro, y cruel intenta
cubrir el blanco pecho
tesoro de belleza,

y en parte lo consigue;
pero a la vista deja
dos breves hemisferios
de nieve que le afrentan.

De la breve cintura
airosamente cuelgan
los lienzos que a los ojos
roban mejor Elena.

Nunca la fresca aurora
se levantó tan bella
a desterrar las sombras
de la noche funesta,

jamás la blanca Tetis

cumplió su anual promesa
al sepulcro de Aquiles
con tanta gentileza;

como por dar a Delio
la vista postrimera
salió del lecho Lisi;
¡Oh Musa, si la vieras!

La cerrada, ventana
con presta diligencia
abre, se asoma, mira,
no ve a Delio, ¡qué pena!

Mas ¿cómo era posible
si en una sazón mesma
el alba se levanta,
y la noche se ausenta?

Lisi, se vuelve al lecho,

Delio, triste se aleja,
entonces ignorante
de tamaña fineza.

Mas luego noticioso
siente al doble la ausencia,
se queja de su suerte,
blasfema de su estrella,
y al aire vago esparce
tristísimas endechas.

Ve a Málaga volando
mi dulce cantilena,
y goza la ventura
que a tu autor se le niega.

Y si logras la dicha
de llegar a las bellas
manos de Lisi hermosa,
mil veces se las besa,

y vuelve luego, luego,
a traerme las nuevas
alegres, si te acoge,
tristes, si te deshecha.

SONETO

A un orador contrahecho zazoso y satírico

Botijo con bonete clerical
que viertes la doctrina a borbollón
falto de voz, de afectos, de moción
lleno de furia, ardor, y odio fatal,

La cólera y despique por igual
dividen en dos partes tu sermón
que por tosco punzante y sin sazón
debieras predicárselo a un zarzal.

¿Qué prendas de orador en ti se ven?
Zazoso acento, gesto pastoril,
el metal de la voz cual de sartén,

tono uniforme cual de tamboril.
Para orador te faltan más de cien;
para arador te sobran más de mil.

A UNA SEÑORA QUE SE QUEJABA DE QUE HUBIESEN TRATADO A OTRA
ANTES QUE A ELLA

Si un caminante penara
de sed, y junto al camino,
por acaso peregrino,
una fuentecilla hallara,
y no siendo la más clara
el agua, bebiera aquí,
aunque no lejos de allí
otra mejor agua hubiera,
¿extrañarás que bebiera?
Pues esto me pasa a mí.

Si un infeliz naufragara,
y a una tabla que encontrase
gustoso la mano echase,
y así la vida salvara;
¿hubiera quien lo extrañara,

ni juzgara frenesí
porque tal vez por allí
pasar un barco pudiera,
que al puerto le condujera?

Pues esto me pasa a mí,
yo soy aquel caminante
a quien la sed desalienta,
y en amorosa tormenta
soy infeliz naufragante.
Ya os he dicho lo bastante
en comparaciones dos,
hablad señora por Dios,
que ese silencio me abrasa ,
esto es lo que a mí me pasa,
decid lo que os pasa a vos.

SONETO

A la paz ventajosamente concluida por Carlos tercero

La guerra por un caso inevitable
invadió la española monarquía,
juzgando que aceptada acabaría
de una vez con la gente miserable;

Y rehusada, al monarca respetable
la gloria militar rebajaría
el pueblo ofrece a Carlos porfía
dones mil del tesoro inagotable

de su amor, y por Carlos negociada,
viene la paz con palma de victoria.
La guerra cruel, huyendo apresurada,

tantos despojos deja en nuestra tierra
que Carlos de la paz saca la gloria,
y el pueblo la abundancia de la guerra.